



Esta página está en: [Página principal](#) > [Temas](#) > [Seguridad internacional](#)

Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos

Defender al país de sus enemigos es compromiso fundamental con pueblo norteamericano

El presidente Bush ha elaborado una nueva estrategia de seguridad nacional de largo alcance y de prevención contra estados hostiles y grupos terroristas, la que al mismo tiempo amplía la ayuda para el desarrollo y el libre comercio, favorece la democracia, combate las enfermedades y transforma la fuerza militar de Estados Unidos.

A continuación una traducción extraoficial de la estrategia:

ESTRATEGIA DE SEGURIDAD NACIONAL DE ESTADOS UNIDOS DE AMERICA
LA CASA BLANCA
WASHINGTON
Septiembre de 2002

Introducción

- I. Panorama General de la Estrategia Internacional de Estados Unidos
- II. Estados Unidos se erigirá en paladín de los anhelos de dignidad humana
- III. Fortalecer las alianzas para derrotar el terrorismo mundial
- IV. Colaborar con otros para resolver conflictos regionales
- V. Impedir que nuestros enemigos nos amenacen
- VI. Suscitar una nueva era de crecimiento económico mundial
- VII. Expandir el círculo del desarrollo
- VIII. Desarrollar programas para una acción cooperativa
- IX. Transformar las instituciones de seguridad nacional

Introducción

Las grandes luchas del siglo XX entre la libertad y el totalitarismo terminaron con una victoria decisiva de las fuerzas de la libertad - y en un solo modelo sostenible de éxito nacional: libertad, democracia y libre empresa. En el siglo XXI, solamente aquellas naciones que comparten el compromiso de proteger los derechos humanos fundamentales y de garantizar la libertad política y económica podrán desatar el potencial de sus pueblos y asegurar su prosperidad futura. En todas partes los pueblos desean hablar libremente; elegir a quienes los gobernarán; practicar la religión que desean; educar a sus hijos e hijas; poseer propiedades; y disfrutar de los beneficios de su trabajo. Estos valores de la libertad son justos y perdurables para toda persona, en cualquier sociedad - y el deber de proteger estos valores de sus enemigos es la vocación común de las gentes amantes de la libertad en todo el mundo y de cualquier edad.

Hoy, Estados Unidos disfruta de una posición de fuerza militar sin paralelo y de gran influencia económica y política. De acuerdo con nuestro pasado y a nuestros principios, no utilizamos nuestra fuerza para obtener ventajas unilaterales. En cambio, buscamos crear un equilibrio de fuerzas que favorezca la libertad humana: condiciones en que todas las naciones y sociedades puedan elegir por sí mismas las recompensas y los retos de la libertad política y económica. En un mundo a salvo de peligros, la gente estará en condiciones de mejorar sus propias vidas. Defenderemos la paz al luchar contra los terroristas y los tiranos. Preservaremos la paz al crear buenas relaciones entre las grandes potencias. Extenderemos la paz al fomentar sociedades libres y abiertas en cada continente.

Defender a nuestra nación de sus enemigos es el primer compromiso fundamental del gobierno federal. Hoy, ese cometido ha cambiado drásticamente. En el pasado, nuestros enemigos necesitaban tener grandes ejércitos y grandes capacidades industriales para poner en peligro a Norteamérica. Ahora, redes oscuras de individuos pueden traer gran caos y sufrimiento a nuestras costas por menos de lo que cuesta comprar un solo tanque. Los terroristas están organizados para penetrar las sociedades abiertas y tornar contra nosotros el poder de la tecnología moderna.

Para derrotar esta amenaza debemos utilizar cada herramienta de nuestro arsenal: el poderío militar, la defensa mejorada de nuestro territorio nacional, la aplicación de la ley, la recopilación de inteligencia, y gestiones vigorosas para cortarles el financiamiento a los terroristas. La guerra contra el terrorismo de alcance global es una empresa mundial de duración incierta. Estados Unidos ayudará a aquellos países que necesitan de nuestra ayuda para combatir el terrorismo. Y Estados Unidos hará responsables a aquellos países comprometidos con el terrorismo, incluso aquellos que dan refugio a terroristas - porque los aliados del terrorismo son enemigos de la civilización. Estados Unidos y los países que cooperan con nosotros no deben permitirles a los terroristas establecer nuevas bases de operaciones. Juntos, procuraremos denegarles refugio, dondequiera que lo busquen.

El peligro más grave que encara nuestra nación está en la encrucijada del radicalismo y la tecnología. Nuestros enemigos declararon abiertamente que procuran armas de destrucción en masa, y hay pruebas que indican que lo están haciendo con determinación. Estados Unidos no permitirá que estas gestiones tengan éxito. Construiremos defensas contra misiles balísticos y otros medios de transporte. Cooperaremos con otros países para denegar, contener y restringir los esfuerzos de nuestros enemigos para adquirir tecnologías peligrosas. Y, como una cuestión de sentido común y de autodefensa, Estados Unidos actuará contra esas amenazas en surgimiento antes de que éstas terminen de formarse. No podemos defender a Norteamérica y a nuestros aliados esperando que todo saldrá bien. Por lo tanto, debemos estar preparados para frustrar los planes de nuestros enemigos, al utilizar la mejor inteligencia y al proceder con deliberación. La historia juzgará severamente a aquellos que vieron venir este peligro pero no actuaron. En el nuevo mundo en que hemos entrado, el único camino hacia la paz y la seguridad es el de la acción.

Al defender la paz, aprovecharemos también una oportunidad histórica para preservar la paz. Hoy, la comunidad internacional tiene la mejor oportunidad que se ha presentado después del nacimiento del estado nación en el siglo XVII, para crear un mundo en el que las grandes potencias compiten en paz en lugar de prepararse continuamente para la guerra. Hoy, las grandes potencias del mundo nos encontramos en el mismo lado - unidos por los peligros comunes de la violencia y el caos terroristas. Estados Unidos se basará en estos intereses comunes para promover la seguridad mundial. Estamos unidos también en forma creciente por valores comunes. Rusia está en medio de una transición llena de esperanza, en busca de su futuro democrático, y es un socio en la guerra contra el terrorismo. Los dirigentes chinos van descubriendo que la libertad económica es la única fuente de la riqueza nacional. Con el tiempo, verán que la libertad social y política es la única fuente de la grandeza nacional. Estados Unidos alentará el adelanto de la democracia y la apertura económica en ambos países, porque ellas son los mejores cimientos de la estabilidad interna y el orden internacional. Resistiremos vigorosamente toda agresión de otras potencias - si bien acogeremos con beneplácito su búsqueda pacífica de prosperidad, comercio y adelanto cultural.

Por último, Estados Unidos aprovechará este momento de oportunidad para extender los beneficios de la libertad al mundo entero. Trabajaremos activamente para llevar la esperanza de democracia, desarrollo, mercados libres y libre comercio a todos los rincones del mundo. Lo acaecido el 11 de septiembre de 2001 nos enseñó que estados débiles, como Afganistán, pueden representar un peligro tan grande para nuestros intereses nacionales como los estados poderosos. La pobreza no hace que los pobres se conviertan en terroristas y asesinos. Pero la pobreza, las instituciones débiles y la corrupción pueden hacer que los estados débiles sean vulnerables a las redes de terroristas y a los carteles narcotraficantes dentro de sus fronteras.

Estados Unidos apoyará a cualquier país que esté resuelto a crear un futuro mejor al buscar las recompensas de la libertad para su pueblo. El libre comercio y los mercados libres han demostrado su capacidad de levantar a sociedades enteras fuera de la pobreza -- por lo tanto, Estados Unidos colaborará con países individuales, con regiones enteras y con toda la comunidad del comercio mundial para crear un mundo que comercie en libertad y, por lo tanto, crezca en prosperidad. Estados Unidos, por medio de la Cuenta del Reto del Nuevo Milenio, proveerá una mayor asistencia al desarrollo a aquellos países que gobiernan con justicia, invierten en sus pueblos y estimulan la libertad económica. Continuaremos también encabezando los esfuerzos para reducir en el mundo el número terrible de víctimas del VIH/SIDA y otras enfermedades

contagiosas.

Al crear un equilibrio de poder que favorece a la libertad, Estados Unidos se guía por la convicción de que todas las naciones tienen responsabilidades importantes. Las naciones que disfrutan de libertad deben combatir activamente al terrorismo. Las naciones que dependen de la estabilidad internacional deben ayudar a impedir la propagación de las armas de destrucción en masa. Las naciones que procuran obtener ayuda internacional se deben gobernar a sí mismas sabiamente, para que la ayuda se gaste apropiadamente. Para que la libertad prospere, se debe esperar y exigir la rendición de cuentas.

Nos guía también la convicción de que ninguna nación puede por sí sola crear un mundo mejor, más seguro. Las alianzas y las instituciones multilaterales pueden multiplicar la fuerza de las naciones amantes de la libertad. Estados Unidos está comprometido con instituciones perdurables como las Naciones Unidas, la Organización Mundial del Comercio, la Organización de los Estados Americanos, la OTAN, así como con otras alianzas de larga data. Las coaliciones de naciones dispuestas a participar pueden aumentar estas instituciones permanentes. En todos los casos, deben tomarse en serio las obligaciones internacionales. No se las debe asumir simbólicamente con el fin de obtener apoyo para un ideal, sin promover su realización.

La libertad es una demanda no negociable de la dignidad humana; el derecho natural de toda persona - en cualquier civilización. A través de la historia, la libertad se ha visto amenazada por la guerra y el terrorismo; ha sido desafiada por las voluntades conflictivas de estados poderosos y los propósitos malvados de tiranos; y ha sido puesta a prueba por la pobreza y las enfermedades que se propagan. Hoy, la humanidad tiene en sus manos la oportunidad para hacer que la libertad triunfe sobre todos estos enemigos. Estados Unidos acoge con beneplácito nuestra responsabilidad de encabezar esta gran misión.

George W. Bush.

LA CASA BLANCA, 17 de septiembre de 2002

(Volver al índice)

I. Panorama General de la Estrategia Internacional de Estados Unidos

"La causa de nuestra nación ha sido siempre más grande que la defensa de nuestra nación. Luchamos, como lucharemos siempre, por una paz justa -- una paz que favorezca a la libertad. Defenderemos la paz de las amenazas de terroristas y tiranos. Preservaremos la paz al crear buenas relaciones entre las grandes potencias. Y propagaremos la paz al alentar a las sociedades libres y abiertas de todos los continentes"
Presidente Bush, West Point, Nueva York, 1 de junio de 2002.

Estados Unidos posee en el mundo poder e influencia sin precedentes - y sin igual. Esta posición, sostenida por la fe en los principios de libertad y por el valor de una sociedad libre, viene acompañada de responsabilidades, obligaciones y oportunidades sin precedentes. Se debe usar la gran fuerza de esta nación para promover un equilibrio de poder que favorezca la libertad.

Durante la mayor parte del siglo XX, el mundo estuvo dividido por una gran lucha de ideas: las ideas destructivas del totalitarismo versus la libertad y la igualdad.

Esa gran lucha ha terminado. Las ideas militantes de clase, nación, raza, que prometieron una utopía y resultaron en miseria han sido derrotadas y refutadas. Estados Unidos se ve ahora amenazado ahora no tanto por estados conquistadores como por estados fallidos. Nos amenazan menos las flotas y los ejércitos que las tecnologías catastróficas en manos de unos pocos amargados. Debemos eliminar estas amenazas a nuestra nación, a nuestros aliados y amigos.

Este es también un momento de oportunidad para Estados Unidos. Actuaremos para convertir este momento de influencia en décadas de paz, prosperidad y libertad. La estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos se basará en un internacionalismo inconfundiblemente norteamericano que refleje la unión de nuestros valores y nuestros intereses nacionales. La meta de esta estrategia es ayudar a que el mundo no sea solamente más seguro sino también mejor. Nuestras metas en el camino hacia el progreso son claras: libertad política y económica, relaciones pacíficas con otros países y respeto a la dignidad humana.

Este no es solamente el camino de Estados Unidos. Está abierto a todos. Para alcanzar estas metas, Estados Unidos:

- se erigirá en paladín de los anhelos de dignidad humana;
- fortalecerá las alianzas para derrotar el terrorismo mundial y actuará para prevenir los ataques contra nosotros y nuestros amigos;
- colaborará con otros para resolver conflictos regionales;
- impedirá que nuestros enemigos nos amenacen a nosotros, a nuestros aliados y a nuestros amigos con armas de destrucción en masa;
- suscitará una nueva era de crecimiento económico mundial por medio de los mercados libres y el libre comercio;
- expandirá el círculo del desarrollo al abrir las sociedades y crear la infraestructura de la democracia;
- desarrollará programas para una acción cooperativa con otros centros principales de poder mundial; y
- transformará las instituciones de seguridad nacional de Estados Unidos para enfrentar los retos y aprovechar las oportunidades del siglo XXI.

(Volver al índice)

II. Estados Unidos se erigirá en paladín de los anhelos de dignidad humana

"A algunos les preocupa que hablar en términos de lo que es justo o injusto puede no ser diplomático o puede ser descortés. No estoy de acuerdo con esto. Diferentes circunstancias requieren métodos diferentes, pero no moralidades diferentes".
Presidente Bush, West Point, Nueva York, 1 de junio de 2002

Al ir en pos de nuestros objetivos, nuestro primer imperativo es explicar claramente cuál es nuestra posición: Estados Unidos debe defender la libertad y la justicia porque estos principios son justos y verdaderos para la gente de todas partes. Ninguna nación es dueña de estos anhelos, y ninguna nación está exenta de ellos. Los padres y las madres de todas las sociedades desean que sus hijos se eduquen y vivan libres de pobreza y violencia. Ningún pueblo en la tierra anhela ser oprimido, aspira a la servidumbre o espera con avidez la llamada de medianoche de la policía secreta.

Estados Unidos debe defender firmemente las demandas no negociables de la dignidad humana: el imperio de la ley; límites del poder absoluto del estado; libertad de expresión; libertad de culto; justicia igualitaria; respeto a la mujer; tolerancia religiosa y étnica; y respeto a la propiedad privada.

Estas demandas se pueden satisfacer de muchas maneras. La Constitución de Estados Unidos nos ha servido bien. Muchas otras naciones, con historias y culturas diferentes, enfrentando circunstancias diferentes, han incorporado con éxito estos principios esenciales en sus propios sistemas de gobierno. La historia no ha favorecido a aquellas naciones que pasaron por alto o se burlaron de los derechos y anhelos de sus pueblos.

La experiencia de Estados Unidos como una gran democracia multiétnica afirma nuestra convicción de que pueblos con patrimonios y creencias religiosas diferentes pueden vivir y prosperar en paz. Nuestra propia historia es una larga lucha por vivir de acuerdo con nuestros ideales. Pero hasta en nuestros peores momentos, los principios contenidos en la Declaración de Independencia estuvieron presentes para servirnos de guía. Como resultado, Estados Unidos no es solamente una sociedad más fuerte, sino una sociedad más libre y más justa.

Hoy, estos ideales son un sustento para los solitarios defensores de la libertad. Y, cuando se

presenta la oportunidad, podremos fomentar el cambio -- como lo hicimos en Europa Central y Oriental entre 1989 y 1991, o en Belgrado en 2000. Cuando vemos que los procesos democráticos se afianzan entre nuestros amigos en Taiwán o en la República de Corea, y vemos que líderes elegidos reemplazan a generales en América Latina y África, vemos ejemplos de cómo pueden evolucionar los sistemas autoritarios, aunando la historia y las tradiciones locales con los principios que todos apreciamos.

Al incorporar las lecciones de nuestro pasado y aprovechar las oportunidades que tenemos hoy, la estrategia de seguridad nacional de Estados Unidos debe partir de estas convicciones esenciales y mirar hacia el exterior en busca de posibilidades de expandir la libertad.

Nuestros principios guiarán las decisiones de nuestro gobierno en lo que respecta a la cooperación internacional, la naturaleza de nuestra ayuda exterior y la asignación de recursos. Guiarán nuestros actos y nuestras palabras en los organismos internacionales

Nosotros:

hablaremos con toda franqueza de las violaciones de las demandas no negociables de dignidad humana y nos valdremos de nuestra voz y voto en las instituciones internacionales en defensa de la libertad;

utilizaremos nuestra ayuda exterior para promover la libertad y apoyar a quienes luchan por ella por medios no violentos, y velaremos por que los países que aspiran a la democracia sean recompensados por sus esfuerzos;

haremos de la libertad y el establecimiento de instituciones democráticas temas de nuestras relaciones bilaterales, y procuraremos la solidaridad y la cooperación de otras democracias, al mismo tiempo que ejerceremos presión sobre los gobiernos que niegan los derechos humanos a construir un futuro mejor; y

nos esforzaremos en particular por promover la libertad de religión y de conciencia y defenderla de los ataques de gobiernos represivos.

Defenderemos la causa de la dignidad humana y nos opondremos a quienes vayan contra ella.

(Volver al índice)

III. Estados Unidos fortalecerá las alianzas para derrotar el terrorismo mundial y actuará para prevenir los ataques contra nosotros y nuestros amigos

"A sólo tres días de estos acontecimientos, los estadounidenses todavía no tienen la perspectiva de la historia. Pero nuestra responsabilidad con la historia ya está claramente definida: responder a estos ataques y librar al mundo del mal. Nos han hecho la guerra con el sigilo, el engaño y la muerte alevosa. Esta es una nación pacífica, pero temible cuando se provoca su ira. El conflicto ha comenzado en el momento y en las condiciones decididos por otros. Terminará en la forma y la hora de nuestra elección".

Presidente Bush, Washington, D.C. (Catedral Nacional), 14 de septiembre de 2001.

Los Estados Unidos de América libran una guerra contra terroristas esparcidos por todo el mundo. El enemigo no es un régimen político, persona, religión o ideología aislados. El enemigo es el terrorismo premeditado, la violencia por motivos políticos perpetrada contra seres inocentes.

En muchas regiones, las quejas legítimas impiden que surja una paz duradera. Estas quejas merecen y deben ser atendidas en el marco de un proceso político. Pero ninguna causa justifica el terrorismo. Estados Unidos no hará concesiones a las demandas de los terroristas y no hará tratos con ellos. No hacemos ninguna distinción entre los terroristas y los que a sabiendas les dan refugio o les prestan asistencia.

La lucha contra el terrorismo mundial es distinta de cualquier otra guerra de nuestra historia. Se librarán en muchos frentes contra un enemigo especialmente evasivo, durante un largo período de tiempo. El progreso vendrá a través de la acumulación persistente de éxitos, algunos evidentes, otros no.

Hoy, nuestros enemigos han visto los resultados de lo que los países civilizados pueden hacer y harán contra los regímenes que ofrecen refugio y apoyo al terrorismo y lo utilizan para lograr sus objetivos políticos. Afganistán ha sido liberado, las fuerzas de la coalición siguen persiguiendo a las fuerzas del Talibán y al-Qaida. Pero no es sólo en este campo de batalla donde nos enfrentamos a los terroristas. Miles de terroristas entrenados siguen en libertad y han establecido células en Norteamérica, Sudamérica, Europa, África, el Oriente Medio y en toda Asia.

Nuestro primer objetivo será acosar y destruir las organizaciones terroristas de alcance mundial y atacar a su dirección, mando, control y comunicaciones; apoyo material y finanzas. Esto tendrá el efecto de desbaratar la capacidad de los terroristas de planificar y actuar.

Seguiremos alentando a nuestros socios regionales a llevar a cabo actividades coordinadas para aislar a los terroristas. Una vez que la campaña regional localice la amenaza a un estado determinado, nos esforzaremos por asegurar que el estado disponga de los medios militares, coercitivos, políticos y financieros necesarios para llevar a buen término su tarea.

Estados Unidos seguirá trabajando con nuestros aliados para entorpecer el financiamiento del terrorismo. Encontraremos y bloquearemos las fuentes del financiamiento del terrorismo, congelaremos los activos de los terroristas y de quienes les prestan apoyo, impediremos el acceso de los terroristas al sistema financiero internacional, protegeremos las organizaciones de beneficencia legítimas para que no puedan ser secuestradas por los terroristas, e impediremos el movimiento de los activos de los terroristas a través de otras redes financieras.

No obstante, esta campaña no tiene que atenerse a una secuencia determinada de acontecimientos para ser eficaz; su efecto acumulativo en todas las regiones contribuirá al logro de los resultados que perseguimos. Acosaremos y destruiremos a las organizaciones terroristas mediante la acción directa y continua, en la que utilizaremos todos los elementos del poder nacional e internacional. Nuestro objetivo inmediato será atacar a las organizaciones terroristas de alcance mundial o a todo terrorista o estado patrocinador del terrorismo que intente adquirir o utilizar armas de destrucción en gran escala o sus precursores, y defender a los Estados Unidos, al pueblo estadounidense y a nuestros intereses dentro y fuera del país, mediante la identificación y destrucción de la amenaza antes que llegue a nuestras fronteras. Si bien Estados Unidos tratará constantemente de obtener el apoyo de la comunidad internacional, no dudaremos en actuar solos, en caso necesario, para ejercer nuestro legítimo derecho a la defensa propia, con medidas preventivas contra esos terroristas, a fin de impedirles causar daños a nuestro pueblo y a nuestro país; y privar a los terroristas de nuevo patrocinio, apoyo y refugio seguro, convenciendo u obligando a los estados a aceptar sus responsabilidades soberanas. También libraremos una guerra de ideas para ganar la batalla contra el terrorismo internacional. Esta guerra supone, entre otras cosas, hacer pleno uso de la influencia de Estados Unidos y trabajar en estrecho contacto con aliados y amigos para hacer evidente que todos los actos de terrorismo son ilegítimos, de manera que el terrorismo se considere a la misma luz que la esclavitud, la piratería o el genocidio: como un comportamiento que ningún gobierno respetable puede condonar o apoyar y al que todos se deben oponer; apoyar a los gobiernos moderados y modernos, en particular en el mundo musulmán, para asegurar que las condiciones e ideologías que promueven el terrorismo no encuentren terreno fértil en ningún país; atenuar las condiciones subyacentes que fomentan el terrorismo al convencer a la comunidad internacional de que concentre sus esfuerzos y recursos en los sectores de más riesgo; y emplear una diplomacia pública eficaz para promover el libre movimiento de información e ideas, a fin de avivar las esperanzas y aspiraciones de libertad de quienes viven en sociedades gobernadas por los patrocinadores del terrorismo mundial.

Si bien reconocemos que nuestra mejor defensa es una buena ofensiva, también estamos reforzando la seguridad interna de Estados Unidos para protegerle de cualquier ataque y evitarlo. El gobierno ha propuesto la reorganización de los organismos oficiales de más envergadura desde que el gobierno de Truman estableció el Consejo de Seguridad Nacional y el Departamento de Defensa. Nuestro plan de defensa interna, que se basa en el establecimiento de un nuevo Departamento de Seguridad Interna e incluye un nuevo mando militar unificado y una reorganización fundamental del FBI, se extiende a todos los sectores de la administración, y comprende la cooperación del público y del sector privado.

Esta estrategia cambiará la adversidad en oportunidad. Por ejemplo, los sistemas de gestión de emergencias estarán en mejores condiciones de hacer frente no sólo al terrorismo, sino a todos los riesgos. Nuestro sistema médico saldrá reforzado para enfrentarse no sólo al bioterrorismo, sino a todas las enfermedades infecciosas y a las catástrofes causantes de numerosas víctimas. Nuestros controles de fronteras no sólo detendrán terroristas, sino que mejorará el movimiento eficiente del tráfico legítimo.

Si bien nuestro principal objetivo es proteger a Estados Unidos, sabemos que para derrotar al terrorismo en el mundo unificado de hoy necesitamos el apoyo de nuestros aliados y amigos. Siempre que sea posible, Estados Unidos dependerá de organizaciones regionales y poderes estatales para que cumplan sus obligaciones de luchar contra el terrorismo. Cuando un gobierno encuentre que la lucha contra el terrorismo está por encima de sus medios, compensaremos su voluntad y sus recursos con cualquier tipo de ayuda que nosotros y nuestros aliados podamos ofrecer.

Al mismo tiempo que perseguimos a los terroristas en Afganistán, seguiremos trabajando con organizaciones internacionales, como las Naciones Unidas, así como con organizaciones no gubernamentales y otros países para prestar la asistencia humanitaria, política, económica y de seguridad necesaria para reconstruir Afganistán, a fin de que nunca vuelva a cometer abusos contra su pueblo, amenazar a sus vecinos u ofrecer refugio a los terroristas.

En la guerra contra el terrorismo internacional nunca olvidaremos que, a fin de cuentas, estamos luchando por nuestros valores democráticos y nuestro modo de vida. La libertad y el miedo están en guerra y no habrá solución rápida o fácil para este conflicto. En la dirección de la campaña contra el terrorismo estamos forjando relaciones internacionales nuevas y beneficiosas y dando nueva definición a las que ya existen, a fin de que puedan responder mejor a los desafíos del siglo XXI.

(Volver al índice)

IV. Colaborar con otros para desactivar los conflictos regionales

"O construimos un mundo de justicia o viviremos en un mundo de coerción. La magnitud de las responsabilidades que compartimos hace que nuestros desacuerdos parezcan tan insignificantes".
Presidente Bush, Berlín, 23 de mayo de 2002.

Los países interesados deben intervenir activamente en las disputas regionales críticas, para evitar que se agraven y lleguen a un punto explosivo, y reducir al mínimo el sufrimiento humano. En un mundo cada vez más interconectado, las crisis regionales pueden poner a prueba nuestras alianzas, reavivar viejas rivalidades entre las principales potencias y crear situaciones que atentan gravemente contra la dignidad humana. Cuando estalla la violencia y se tambalean los estados, Estados Unidos trabajará con sus amigos y socios para aliviar el sufrimiento y restaurar la estabilidad.

No existe ninguna doctrina que pueda prever todas las circunstancias en las que esté justificada la acción directa o indirecta de Estados Unidos. Disponemos de recursos políticos, económicos y militares finitos para alcanzar nuestros principales objetivos mundiales. Estados Unidos abordará cada situación a la luz de los principios estratégicos siguientes:

Estados Unidos debe invertir tiempo y recursos en el establecimiento de relaciones e instituciones internacionales que puedan contribuir a gestionar las crisis locales cuando se presenten.

Estados Unidos debe ser realista en lo que se refiere a su capacidad de ayudar a quienes no desean ayudarse a sí mismos o no están preparados para hacerlo. Cuando y donde la gente esté preparada para poner lo necesario de su parte, estaremos dispuestos a actuar de manera decisiva.

El conflicto entre Israel y Palestina es crítico por la magnitud del sufrimiento humano que engendra, por las estrechas relaciones de Estados Unidos con el Estado de Israel y con estados árabes esenciales y por la importancia de la región para otros intereses primordiales mundiales de Estados Unidos. No puede haber paz para ninguna de las dos partes sin libertad para ambas partes. Estados Unidos sigue comprometido con una Palestina independiente y democrática, que viva al lado de Israel en paz y seguridad. Como todos los demás pueblos, los palestinos merecen un gobierno que sirva a sus intereses y escuche sus voces. Estados Unidos seguirá instando a todas las partes a ponerse a la altura de sus responsabilidades en la búsqueda de un arreglo justo y total de este conflicto.

Estados Unidos, la comunidad de donantes internacionales y el Banco Mundial están prestos a trabajar con un gobierno palestino reformado en pos del desarrollo económico, una creciente asistencia humanitaria y un programa para establecer, financiar y supervisar un poder judicial genuinamente independiente. Si Palestina abraza la democracia, el estado de derecho, combate

la corrupción y rechaza con firmeza el terror, puede contar con el apoyo de Estados Unidos para el establecimiento de un Estado palestino.

Para Israel es también de gran importancia el éxito de una Palestina democrática. La ocupación permanente amenaza la identidad y la democracia de Israel. Por lo tanto, Estados Unidos continúa instando a las autoridades de Israel a adoptar medidas concretas para apoyar el surgimiento de un estado palestino viable y que inspire confianza. A medida que vaya mejorando la situación de seguridad, es necesario que las fuerzas israelíes se retiren totalmente a las posiciones que ocupaban antes del 28 de septiembre de 2000. Asimismo, de conformidad con las recomendaciones del Comité Mitchell, debe ponerse fin a las actividades israelíes relativas a asentamientos en los territorios ocupados. A medida que vaya disminuyendo la violencia, se debe restaurar la libertad de movimiento y permitir a los palestinos inocentes reanudar su trabajo y su vida normal. Estados Unidos puede desempeñar una función decisiva, pero, a fin de cuentas, una paz duradera sólo puede llegar cuando los israelíes y los palestinos resuelvan los problemas y pongan fin al conflicto entre ellos.

En Asia meridional, Estados Unidos también ha puesto de relieve la necesidad de que India y Pakistán resuelvan sus diferencias. Este gobierno ha invertido tiempo y recursos en el establecimiento de relaciones bilaterales sólidas con India y Pakistán. Estas relaciones nos pueden dar una base firme para desempeñar un papel constructivo cuando las tensiones en la región se agraven. Nuestras relaciones bilaterales con Pakistán se han visto reforzadas con la decisión de Pakistán de unirse a la guerra contra el terrorismo y adoptar las medidas necesarias para establecer una sociedad más abierta y tolerante. Este gobierno considera que India tiene la posibilidad de llegar a ser una de las grandes potencias democráticas del siglo XXI y se ha esforzado por transformar nuestras relaciones en consecuencia. Nuestra intervención en esta disputa regional, en la que nos han sido de gran ayuda nuestras antiguas relaciones bilaterales, busca, en primer lugar, medidas concretas por parte de India y Pakistán, que puedan neutralizar el enfrentamiento militar.

Indonesia ha dado muestras de gran valor al adoptar medidas destinadas a establecer una democracia funcional y el estado de derecho. Su tolerancia de las minorías, respeto al estado de derecho y aceptación de mercados abiertos pueden permitir a Indonesia valerse del mismo impulso de la oportunidad que ha ayudado a algunos de sus vecinos a salir de la pobreza y la desesperación. Esta iniciativa de Indonesia es la que permite que la asistencia de Estados Unidos dé fruto.

En el Hemisferio Occidental hemos establecido coaliciones flexibles con países que comparten nuestros intereses prioritarios, en particular México, Brasil, Canadá, Chile y Colombia. Juntos forjaremos un hemisferio genuinamente democrático, donde nuestra integración dé impulso a la seguridad, la prosperidad, las oportunidades y la esperanza. Trabajaremos con instituciones regionales como el proceso de la Cumbre de las Américas, la Organización de los Estados Americanos (OEA) y las Reuniones Ministeriales de Defensa de las Américas, en beneficio de todo el hemisferio.

Algunas partes de América Latina se enfrentan al conflicto regional, en particular el derivado de la violencia de los cárteles de drogas y sus cómplices. Este conflicto y el tráfico de narcóticos sin restricciones pueden poner en peligro la salud y la seguridad de Estados Unidos. Por lo tanto, hemos formulado una estrategia activa para ayudar a los países andinos a ajustar sus economías, hacer cumplir sus leyes, derrotar a las organizaciones terroristas y cortar el suministro de drogas, mientras tratamos de llevar a cabo la tarea, igualmente importante, de reducir la demanda de drogas en nuestro propio país.

En cuanto a Colombia, reconocemos el vínculo que existe entre el terrorismo y los grupos extremistas, que desafían la seguridad del estado, y el tráfico de drogas, que ayuda a financiar las operaciones de tales grupos. Actualmente estamos trabajando para ayudar a Colombia a defender sus instituciones democráticas y derrotar a los grupos armados ilegales, tanto de izquierda como de derecha, mediante la extensión efectiva de la soberanía a todo el territorio nacional y la provisión de seguridad básica al pueblo de Colombia.

En África la promesa y la oportunidad se ubican junto a la enfermedad, la guerra y la pobreza extrema. Ello amenaza tanto un valor básico de Estados Unidos, la preservación de la dignidad humana, como nuestra prioridad estratégica, combatir el terrorismo mundial. Por consiguiente, los intereses y los principios de Estados Unidos llevan la misma dirección y colaboraremos con otros para lograr un continente africano que viva en libertad, paz y creciente prosperidad. Junto con nuestros aliados europeos debemos ayudar a fortalecer los estados frágiles de África, a crear una capacidad autóctona que asegure las fronteras permeables y a ayudar a fortalecer la

aplicación de la ley y la infraestructura de la inteligencia a fin de negarles refugio a los terroristas.

En Africa existe un entorno aún más letal debido a la extensión de las guerras civiles más allá de las fronteras, para crear así zonas de guerra regional. La formación de coaliciones entre los que estén dispuestos y los arreglos de cooperación para la seguridad son la clave para hacer frente a estas amenazas transnacionales que se presentan ahora.

La gran extensión y diversidad de Africa requieren una estrategia de seguridad que se concentre en el compromiso bilateral y en la creación de coaliciones entre los que estén dispuestos. Esta administración hará hincapié en tres estrategias para la región, íntimamente vinculadas entre sí:

los países con mayor influencia en sus vecinos, tales como Sudáfrica, Nigeria, Kenia y Etiopía, son anclas del compromiso regional y requieren atención concentrada;

la coordinación con los aliados europeos y las instituciones internacionales es esencial para la mediación constructiva en los conflictos y el éxito de las operaciones de paz; y

los estados africanos con capacidad de efectuar reformas y las organizaciones subregionales deben fortalecerse como medio básico para hacerles frente a las amenazas en forma sostenida.

En última instancia, el camino de la libertad política y económica ofrece la ruta más segura hacia el progreso en la región africana al sur del Sahara, donde la mayoría de las guerras son conflictos por recursos materiales y acceso político, a menudo trabados, trágicamente, por diferencias étnicas y religiosas. La transición a la Unión Africana, con su compromiso declarado con el buen gobierno y la responsabilidad común por los sistemas políticos democráticos, ofrece oportunidades de fortalecer la democracia en el continente.

(Volver al índice)

V. Impedir que nuestros enemigos, provistos de armas de destrucción en masa, sean una amenaza para nosotros, nuestros aliados y nuestros amigos

"El peligro más grave para la libertad se encuentra en la encrucijada del extremismo radical y la tecnología. Cuando se dé la proliferación de armas químicas, biológicas y nucleares junto con la tecnología de los misiles balísticos, hasta los estados débiles y los grupos pequeños podrían lograr un poder catastrófico para atacar a los países grandes. Nuestros enemigos han declarado precisamente esta intención y se ha descubierto que buscan estas armas terribles. Desean tener la capacidad de amenazarnos o causarnos daño o causarle daño a nuestros amigos, y les haremos frente con todo nuestro poderío".

Presidente Bush, West Point, Nueva York, 1 de junio de 2002.

La naturaleza de la Guerra Fría demandaba que Estados Unidos, con sus aliados y amigos, hiciera hincapié en disuadir al enemigo del uso de la fuerza, lo que produjo la tétrica estrategia de la destrucción mutua garantizada. A raíz de la desintegración de la Unión Soviética y el final de la Guerra Fría, el entorno de nuestra seguridad experimentó una profunda transformación.

Después de pasar del enfrentamiento a la cooperación como característica de nuestras relaciones con Rusia, los dividendos son evidentes: la terminación del equilibrio de terror que nos dividía; una reducción histórica de los arsenales nucleares de ambas partes y la cooperación en campos tales como el antiterrorismo y la defensa con misiles, que anteriormente era inconcebible.

No obstante, han surgido nuevos retos mortales provenientes de los estados al margen de la ley y los terroristas. Ninguna de estas amenazas contemporáneas rivaliza con el verdadero poder destructivo dirigido contra nosotros por la Unión Soviética. Sin embargo, el carácter y los motivos de estos nuevos adversarios, su determinación de obtener poderes destructivos, hasta ahora sólo disponibles para los estados más fuertes del mundo, y la mayor probabilidad de que utilicen armas de destrucción en masa contra nosotros, hacen el actual entorno de seguridad más complejo y peligroso.

En los años noventa vimos que surgió un pequeño número de estados al margen de la ley que, aunque diferentes en forma importante, comparten varios atributos. Estos estados:

tratan brutalmente a sus pueblos y malgastan sus recursos nacionales en beneficio personal de

sus mandatarios; no muestran respeto al derecho internacional, amenazan a sus vecinos y violan sin reparos los tratados internacionales de que forman parte; están decididos a obtener armas de destrucción en masa, junto con otras tecnologías militares avanzadas, para usarlas como amenaza u ofensivamente para lograr los propósitos agresivos de sus regímenes; auspician el terrorismo en el mundo y rechazan los valores humanos básicos y detestan a Estados Unidos y todo lo que él representa.

Durante la guerra del Golfo obtuvimos pruebas irrefutables de que los designios de Iraq no se limitan a las armas químicas que había utilizado contra Irán y su propio pueblo, sino que abarcan la adquisición de armas nucleares y agentes biológicos. Durante la última década Corea del Norte ha llegado a ser el principal abastecedor del mundo de misiles balísticos y ha realizado pruebas con misiles de creciente potencia, en tanto que desarrolla su propio arsenal de armas de destrucción en masa. Otros regímenes al margen de la ley también buscan obtener armas nucleares, biológicas y químicas. La búsqueda y el comercio mundial de estos estados en tales armas han llegado a ser una amenaza en ciernes para todos los países. Debemos estar preparados para frenar a los estados al margen de la ley y a sus clientes terroristas antes de que puedan amenazar o utilizar las armas de destrucción en masa contra Estados Unidos y sus aliados y amigos. Nuestra respuesta debe aprovechar plenamente las alianzas fortalecidas; el establecimiento de nuevas asociaciones con antiguos adversarios; la innovación en el uso de fuerzas militares; las tecnologías modernas, incluso el desarrollo de un sistema efectivo de defensa con misiles y un mayor hincapié en la consecución y análisis de datos de inteligencia.

Nuestra estrategia integrada para combatir las armas de destrucción en masa incluye:

actuación resuelta contra la proliferación. Debemos impedir las y crear defensas contra las amenazas antes de que se hagan realidad. Debemos asegurarnos de que las capacidades claves, la detección, las defensas activas y pasivas y el contraataque, se integren en nuestra transformación de la defensa y en nuestros sistemas de seguridad territorial. Los esfuerzos contra la proliferación deben también integrarse en el adoctrinamiento y el equipamiento de nuestras fuerzas y las de nuestros aliados, para asegurarnos de que podemos prevalecer en cualquier conflicto con adversarios que tengan armas de destrucción en masa. Esfuerzos fortalecidos de no proliferación para impedir que los estados facinerosos y los terroristas adquieran los materiales, las tecnologías y el conocimiento necesarios para las armas de destrucción en masa. Acrecentaremos la diplomacia, el control de armas, los controles de exportación multilaterales y la asistencia para la reducción de las amenazas, con el fin de impedir que los estados y los terroristas busquen armas de destrucción en masa y, cuando sea necesario, interceptar las tecnologías y los materiales para las mismas. Seguiremos creando coaliciones para apoyar estas actividades y estimulando su mayor apoyo político y financiero a los programas de no proliferación y reducción de amenazas. El acuerdo reciente del G-8 de dedicar hasta 20.000 millones de dólares a una asociación mundial contra la proliferación constituye un importante paso de avance. El manejo eficaz de las consecuencias al responder a los efectos del uso de armas de destrucción en masa por parte de los terroristas o de estados hostiles. La reducción al mínimo de los efectos del uso de armas de destrucción en masa contra nuestro pueblo ayudará a refrenar a los que poseen tales armas y a disuadir a quienes buscan adquirirlas, ya que persuadirá a los enemigos de que no pueden lograr los fines que desean. Estados Unidos también debe estar preparado para responder a los efectos del uso de estas armas contra nuestras fuerzas en el exterior y para ayudar a nuestros amigos y aliados si son atacados.

Nos ha llevado cerca de una década comprender la naturaleza verdadera de esta nueva amenaza. Considerando las metas de los estados al margen de la ley y de los terroristas, Estados Unidos ya no puede depender exclusivamente de una posición de reacción, como lo hicimos en el pasado. La incapacidad de frenar a un atacante potencial, la inminencia de las amenazas de hoy y la magnitud del daño potencial que podrían causar las armas preferidas por nuestros adversarios, no permiten tal opción. No podemos dejar que nuestros enemigos den el primer golpe.

Durante la Guerra Fría, especialmente después de la crisis de los misiles en Cuba, nos encontrábamos generalmente frente a un status quo, a un adversario contrario al riesgo. La disuasión era una defensa eficaz. Sin embargo, es menos probable que la disuasión basada únicamente en la amenaza de represalia sea eficaz con los líderes de los estados fuera de la ley, que están más dispuestos a correr riesgos, a jugar con la vida de sus pueblos y la riqueza de sus países.

Durante la Guerra Fría las armas de destrucción en masa se consideraban armas de último recurso, cuyo uso arriesgaba la destrucción de quienes las utilizaran. Hoy nuestros enemigos las consideran armas de preferencia. Para los estados al margen de la ley estas armas son

herramientas de intimidación y agresión militar contra sus vecinos. Pueden también permitirles intentar amenazar a Estados Unidos y a nuestros aliados a fin de impedir que refrenen o repelen la conducta agresiva de los estados al margen de la ley. Estos también consideran las armas de destrucción en masa su mejor medio de vencer la superioridad de Estados Unidos en armas convencionales. Los conceptos tradicionales de disuasión no darán resultado contra un terrorista enemigo cuyas tácticas declaradas son la destrucción perversa y hacer blanco en víctimas inocentes; cuyos supuestos soldados buscan el martirio en la muerte y cuya máxima protección es su condición de apátrida. La imbricación entre los estados que apoyan el terrorismo y los que procuran las armas de destrucción en masa nos compele a actuar.

Durante siglos el derecho internacional ha reconocido que no es necesario que los países sufran un ataque antes de que puedan tomar legalmente medidas para defenderse de las fuerzas que presentan peligro inminente de ataque. Expertos jurídicos y juristas internacionales a menudo condicionan la legitimidad de la prevención a la existencia de una amenaza inminente, especialmente una movilización visible de ejércitos, armadas y fuerzas aéreas que se preparan para atacar.

Debemos adaptar el concepto de amenaza inminente a las capacidades y objetivos de los adversarios de hoy. Los estados al margen de la ley y los terroristas no buscan atacarnos usando medios convencionales. Saben que esos ataques fracasarían. En cambio, dependen de actividades terroristas y, potencialmente, del uso de armas de destrucción en masa, armas que pueden ocultarse fácilmente, transportarse en secreto y utilizarse sin previo aviso.

El blanco de estos ataques son nuestras fuerzas militares y nuestra población civil, lo que viola directamente uno de las principales normas del derecho de la guerra. Como se demostró con las pérdidas de 11 de septiembre de 2001, el objetivo específico de los terroristas es causar víctimas civiles en gran escala, y estas pérdidas serían exponencialmente más graves si los terroristas adquieren y utilizan armas de destrucción en masa.

Durante largo tiempo Estados Unidos ha mantenido la opción de la acción prioritaria para contrarrestar una amenaza suficiente a nuestra seguridad nacional. Cuanto mayor sea la amenaza, mayor es el riesgo de la inacción y más imperiosa la razón para tomar medidas preventivas para defendernos, aunque subsista incertidumbre en cuanto al momento y el lugar del ataque del enemigo. Para impedir o evitar tales actos hostiles de nuestros adversarios, Estados Unidos actuará preventivamente, si es necesario.

Estados Unidos no utilizará la fuerza en todos los casos para anticipar amenazas que comienzan a surgir, ni los países deben usar la prevención como pretexto para la agresión. Con todo, en una era en que los enemigos de la civilización abierta y activamente procuran las tecnologías más destructivas del mundo, Estados Unidos no puede permanecer inactivo mientras aumentan los peligros. Siempre procederemos en forma ponderada, tomando en consideración las consecuencias de nuestras acciones. Con el fin de apoyar nuestras opciones de prevención, haremos lo siguiente:

crear una capacidad mejor y más integrada en materia de inteligencia para proveer información oportuna y precisa sobre las amenazas, donde quiera que puedan surgir; coordinar cuidadosamente con los aliados una evaluación común de las amenazas más peligrosas y continuar la transformación de nuestras fuerzas militares a fin de garantizar su capacidad de llevar a cabo operaciones rápidas y precisas que logren resultados decisivos.

El propósito de nuestras acciones será siempre el de eliminar una amenaza específica a Estados Unidos y nuestros aliados y amigos. Las razones de nuestras acciones serán claras, la fuerza medida y la causa justa.

(Volver al índice)

VI. Suscitar una nueva era de crecimiento económico mundial por medio del mercado libre y el comercio libre

"Cuando los países cierran sus mercados y unos pocos privilegiados acaparan las oportunidades, ninguna cantidad, ninguna cantidad de ayuda para el desarrollo será suficiente. Cuando los países respetan a sus pueblos, abren los mercados, invierten en mejorar la salud y la educación, cada dólar de ayuda, cada dólar proveniente del comercio y del capital interno se usa más efectivamente".

Presidente Bush, Monterrey, México, 22 de marzo de 2002.

Una economía mundial fuerte acrecienta nuestra seguridad nacional, ya que adelanta la prosperidad y la libertad del resto del mundo. El crecimiento económico, apoyado por el comercio libre y los mercados libres, crea nuevos empleos e ingresos más altos. Permite al individuo salir de la pobreza, acicatea la reforma económica y jurídica y la lucha contra la corrupción y refuerza el hábito de la libertad.

Promoveremos el crecimiento económico y la libertad económica más allá de las costas de Norteamérica. Todos los gobiernos son responsables de crear sus propias políticas económicas y responder a sus propios retos económicos. Usaremos nuestra participación económica con otros países para subrayar los beneficios de las políticas que generan mayor productividad y crecimiento económico sostenido, incluyendo:

políticas legales y regulatorias favorables al crecimiento, para alentar la inversión, la innovación y la actividad empresarial por parte de las empresas;

políticas impositivas -- particularmente tasas impositivas marginales más bajas -- que mejoren los incentivos al trabajo y la inversión;

imperio de la ley e intolerancia con la corrupción, de modo que la gente tenga confianza en que podrá disfrutar de los frutos de sus empresas económicas;

sistemas financieros firmes que permitan que el capital se asigne a su uso más eficiente;

políticas fiscales sólidas para apoyar la actividad empresarial;

inversiones en salud y educación que mejoren el bienestar y las destrezas de la fuerza laboral y la población en general; y

comercio libre que abra nuevos caminos al crecimiento y fomente la difusión de tecnologías e ideas que aumenten la productividad y la oportunidad.

Las lecciones de la historia son claras: las economías de mercado, no las economías de dirección y control mediante la pesada mano del gobierno, son la mejor manera de promover la prosperidad y reducir la pobreza. Las políticas que fortalecen aún más los incentivos del mercado y las instituciones del mercado son pertinentes en todos los países de economías industrializadas, mercados en surgimiento y el mundo en desarrollo.

Un retorno al crecimiento económico firme en Europa y Japón es vital para los intereses de seguridad nacional de Estados Unidos. Queremos que nuestros aliados tengan economías vigorosas por interés propio, por el interés de la economía mundial y por el interés de la seguridad mundial. Los esfuerzos europeos para eliminar las barreras estructurales en sus economías son particularmente importantes en este aspecto, como lo son los esfuerzos de Japón para terminar con la deflación y ocuparse del problema de los préstamos no productivos en el sistema bancario japonés. Seguiremos usando nuestras consultas regulares con Japón y nuestros socios europeos -- inclusive mediante el Grupo de los Siete (G-7) -- para discutir las políticas que adoptan para promover el crecimiento de sus economías y apoyar un crecimiento económico mundial más elevado.

Mejorar la estabilidad en los mercados en surgimiento es también un elemento clave del crecimiento económico mundial. Se necesitan corrientes internacionales de capital de inversión para ampliar el potencial productivo de estas economías. Estas corrientes les permiten a los mercados en surgimiento y a los países en desarrollo hacer inversiones que elevan los niveles de vida y reducen la pobreza. Nuestro objetivo a largo plazo debería ser un mundo en el que todos los países tengan clasificaciones de crédito de grado de inversión que les permitan tener acceso a los mercados internacionales de capital e invertir en su futuro.

Nos hemos comprometido a seguir políticas que les permitan a los mercados en surgimiento tener acceso a corrientes de capital más grandes a menor costo. Con este propósito, seguiremos procurando reformas dirigidas a reducir la incertidumbre en los mercados financieros. Colaboraremos activamente con otros países, con el Fondo Monetario Internacional (FMI) y con el sector privado para poner en práctica el Plan de Acción del G-7 negociado este año para prevenir las crisis financieras y resolverlas más efectivamente cuando ocurren.

La mejor manera de atender las crisis financieras es impedir que ocurran, y hemos alentado al FMI a que mejore sus esfuerzos para hacerlo así. Seguiremos trabajando con el FMI para refinar las condiciones de política de su sistema de préstamos y concentrar su estrategia de préstamos en alcanzar el crecimiento económico a través de una política fiscal y monetaria, una política de tasa de cambios y una política del sector financiero sólidas. El concepto del "libre comercio" surgió como un principio moral aún antes de convertirse en un pilar de la ciencia económica. Si uno puede hacer algo que otros valoran, uno debe poder vendérselo a ellos. Si otros hacen algo que uno valora, uno debe poder comprarlo. Esta es la verdadera libertad, la libertad de una persona -- o una nación -- de ganarse la vida. Para promover el libre comercio, Estados Unidos ha desarrollado una estrategia abarcadora:

Aprovechar la iniciativa mundial. Las nuevas negociaciones comerciales mundiales que ayudamos a iniciar en Doha en noviembre de 2001 tendrán una agenda ambiciosa, especialmente en la agricultura, la manufactura y los servicios, programada para completarse en 2005. Estados Unidos ha encabezado la marcha en dirección de completar el ingreso de China y un Taiwán democrático a la Organización Mundial del Comercio. Ayudaremos a los preparativos de Rusia para unirse a la OMC.

Presionaremos en favor de las iniciativas regionales. Estados Unidos y otras democracias del Hemisferio Occidental han acordado crear el Área de Libre Comercio de las Américas, programada para completarse en 2005. Este año Estados Unidos apoyará negociaciones de acceso al mercado con sus socios, dirigidas a la agricultura, los bienes industriales, los servicios, la inversión y las compras gubernamentales. Ofreceremos también más oportunidades al continente más pobre, África, comenzando con la utilización plena de las preferencias autorizadas por la Ley de Crecimiento y Oportunidad Africanos, conducentes al comercio libre.

Avanzar con los acuerdos comerciales bilaterales. Basándose en el acuerdo de libre comercio con Jordania aprobado en 2001, la administración trabajará este año para completar acuerdos de libre comercio con Chile y Singapur. Nuestro objetivo es llegar a acuerdos de libre comercio con una combinación de países desarrollados y en desarrollo de todas las regiones del mundo. En un comienzo, América Central, África del Sur, Marruecos y Australia serán nuestros puntos focales principales.

Renovar la asociación entre la Rama Ejecutiva y el Congreso. La estrategia comercial de cada administración depende de una asociación productiva con el Congreso. Luego de un intervalo de ocho años, la administración restableció el apoyo congresional mayoritario a la liberalización comercial, aprobando en la Ley de Comercio de 2002 la Autoridad de Promoción Comercial y las otras medidas de apertura de mercados para los países en desarrollo. Esta administración colaborará con el Congreso para que se aprueben nuevos acuerdos comerciales bilaterales, regionales y mundiales que se concluirán de conformidad con la recientemente aprobada Autoridad de Promoción Comercial.

Promover la conexión entre el comercio y el desarrollo. Las políticas comerciales pueden ayudar a los países en desarrollo a fortalecer los derechos de propiedad, la competitividad, el imperio de la ley, la inversión, la difusión del conocimiento, las sociedades abiertas, la asignación eficiente de recursos y la integración regional -- todo lo cual conduce al crecimiento, la oportunidad y la confianza en los países en desarrollo. Estados Unidos pone en práctica la Ley de Crecimiento y Oportunidad Africanos para ofrecer acceso al mercado a casi todos los bienes producidos en los 35 países del África al sur del Sahara. Emplearemos aún más esta ley y su equivalente en relación con la cuenca del Caribe y seguiremos colaborando con instituciones multilaterales y regionales para ayudar a los países más pobres a sacar partido de estas oportunidades. Después del acceso al mercado, la salud pública es el aspecto más importante en el que el comercio intersecta a la pobreza. Aseguraremos que las reglas de propiedad intelectual de la OMC sean lo bastante flexibles como para permitirles a las naciones en desarrollo tener acceso a medicinas críticas para peligros extraordinarios como el VIH/SIDA, la tuberculosis y el paludismo.

Poner en vigor los acuerdos y leyes comerciales contra las prácticas desleales. El comercio depende del imperio de la ley; el comercio internacional depende de los acuerdos que pueden ponerse en vigor. Nuestras prioridades máximas consisten en resolver las actuales disputas con la Unión Europea, Canadá y México y llevar a cabo un esfuerzo mundial para tratar las nuevas regulaciones sobre tecnología, ciencia y salud que obstaculizan innecesariamente las exportaciones agrícolas y la agricultura mejorada. Las leyes contra las prácticas comerciales desleales son a menudo motivo de abusos, pero la comunidad internacional debe poder atender las preocupaciones auténticas acerca de los subsidios gubernamentales y el dumping. El espionaje industrial internacional que socava la competencia justa debe ser detectado e impedido.

Ayudar al ajuste de las industrias y trabajadores nacionales. Hay una estructura legal sólida para estas salvaguardias de transición que hemos utilizado en el sector agrícola, y que este año se utilizan para ayudar a la industria norteamericana del acero. Los beneficios del comercio libre dependen de la aplicación de prácticas comerciales justas. Estas salvaguardias ayudan a garantizar que los beneficios del comercio libre no se consigan a costa de los trabajadores norteamericanos. La ayuda por ajuste comercial ayudará a los trabajadores a adaptarse al cambio y dinamismo de los mercados abiertos.

Proteger el medio ambiente y los trabajadores. Estados Unidos debe fomentar el crecimiento económico de maneras que aseguren una vida mejor junto con una prosperidad en expansión. Incorporaremos a las negociaciones comerciales de Estados Unidos las preocupaciones laborales y ambientales, creando una "red" saludable entre los acuerdos ambientales multilaterales con la OMC, y usaremos la Organización Internacional del Trabajo, los programas de preferencias comerciales y las conversaciones sobre comercio para mejorar las condiciones de trabajo en conjunción con el comercio más libre.

Mejorar la seguridad energética. Fortaleceremos nuestra propia seguridad energética y la prosperidad compartida de la economía mundial colaborando con nuestros aliados, socios comerciales y productores de energía para ampliar las fuentes y el tipo de la energía mundial que se provee, especialmente en el Hemisferio Occidental, Asia Central y la región del Mar Caspio. Continuaremos también colaborando con nuestros socios para desarrollar tecnologías más limpias y más eficientes desde el punto de vista energético.

El crecimiento económico debería ir acompañado de esfuerzos mundiales para estabilizar las concentraciones de gases del efecto de invernadero asociadas con este crecimiento, conteniéndolas a un nivel que impida una interferencia humana peligrosa con el clima mundial. Nuestro objetivo general es reducir las emisiones de gases del efecto de invernadero de Norteamérica relativas al tamaño de nuestra economía, recortando tales emisiones por unidad de actividad económica un 18 por ciento durante los próximos diez años -- es decir, para el año 2012. Nuestras estrategias para alcanzar esta meta serán:

seguir comprometidos con la Convención Estructural básica de las Naciones Unidas para la cooperación internacional;

lograr acuerdos con las industrias claves para que reduzcan las emisiones de algunos de sus gases del efecto de invernadero más potentes y conceder créditos transferibles a las compañías que muestren reducciones reales;

desarrollar estándares mejorados para medir y registrar reducciones de emisiones;

promover la producción de energía renovable y la tecnología del carbón limpio, al igual que la energía nuclear -- que no produce emisiones de gases del efecto de invernadero --, mientras se mejora también la economía de consumo de combustible de los automóviles y camiones estadounidenses;

aumentar el gasto en investigación y en nuevas tecnologías de conservación, hasta un total de 4.500 millones de dólares, la mayor cantidad gastada en el cambio climático por cualquier país en todo el mundo, que representa un aumento de 700 millones de dólares sobre el presupuesto del año pasado; y

ayudar a los países en desarrollo, especialmente a los principales emisores de bases del efecto de invernadero como China e India, de modo que cuenten con las herramientas y recursos para unirse a este esfuerzo y poder crecer siguiendo un camino más limpio y mejor.

(Volver al índice)

VII. Expandir el círculo del desarrollo al abrir sociedades y construir la infraestructura de la democracia

"En la Segunda Guerra Mundial luchamos para hacer que el mundo fuera más seguro, luego trabajamos para reconstruirlo. Mientras hacemos hoy la guerra para mantener al mundo a salvo del terrorismo, debemos también trabajar para hacer del mundo un lugar mejor para todos sus

ciudadanos".

Presidente Bush, Washington, D.C. (Banco Interamericano de Desarrollo) 14 de marzo de 2002

Un mundo en el que algunos viven en comodidad y abundancia, mientras la mitad de la raza humana vive con menos de 2 dólares al día, no es justo ni estable. Incluir a todos los pobres del mundo en un círculo de desarrollo -- y oportunidad -- en expansión es un imperativo moral y una de las prioridades máximas de la política internacional de Estados Unidos.

Décadas de masiva ayuda al desarrollo han fracasado en estimular el crecimiento económico en los países más pobres. Lo que es peor, la ayuda al desarrollo ha servido a menudo para sostener políticas fracasadas, aliviar la presión en favor de la reforma y perpetuar la miseria. Los resultados de la ayuda se miden típicamente en dólares gastados por los donantes, no en las tasas de crecimiento y reducción de la pobreza logradas por los beneficiarios. Estos son los indicadores de una estrategia fracasada.

Al colaborar con otras naciones, Estados Unidos enfrenta este fracaso. En la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Financiamiento del Desarrollo, reunida en Monterrey, forjamos un nuevo consenso de que los objetivos de la ayuda -- y las estrategias para alcanzar estos objetivos -- deben cambiar.

La meta de esta administración es ayudar a desatar el potencial productivo de los individuos en todas las naciones. El crecimiento sostenido y la reducción de la pobreza son imposibles sin las políticas nacionales correctas. Allí donde los gobiernos han aplicado cambios reales de política, proveeremos nuevos y significativos niveles de ayuda. Estados Unidos y otros países desarrollados deberían fijar un objetivo ambicioso y específico: duplicar en una década el tamaño de las economías más pobres del mundo.

Para alcanzar esta meta, el gobierno de Estados Unidos seguirá estas importantes estrategias:

Proveer recursos para ayudar a los países que han superado el desafío de la reforma nacional. Proponemos un 50 por ciento de aumento en la ayuda esencial al desarrollo proporcionada por Estados Unidos. Mientras continuamos con nuestros actuales programas, inclusive con la ayuda humanitaria basada solamente en la necesidad, estos miles de millones de nuevos dólares formarán una nueva Cuenta del Reto del Milenio para proyectos en países cuyos gobiernos gobiernan con justicia, invierten en su pueblo y alientan la libertad económica. Los gobiernos deben combatir la corrupción, respetar los derechos humanos fundamentales, seguir políticas económicas responsables y posibilitar el espíritu de empresa. La Cuenta del Reto del Milenio recompensará a los países que han demostrado cambios de política reales y retará a aquellos que no han aplicado reformas.

Mejorar la efectividad del Banco Mundial y otros bancos de desarrollo en el aumento de los niveles de vida. Estados Unidos está comprometido con una agenda de reforma abarcadora para hacer que el Banco Mundial y los otros bancos multilaterales de desarrollo sean más efectivos en el mejoramiento de las vidas de los pobres de todo el mundo. Hemos revertido la tendencia descendente de las contribuciones estadounidenses y hemos propuesto un aumento del 18 por ciento en las contribuciones de Estados Unidos a la Asociación Internacional de Fomento (AIF) -- el fondo del Banco Mundial para los países más pobres -- y el Fondo Africano de Desarrollo. La clave del aumento de los niveles de vida y la reducción de la pobreza en todo el mundo es aumentar el crecimiento de la productividad, especialmente en los países más pobres. Continuaremos instando a los bancos multilaterales de desarrollo a que se concentren en actividades que aumentan la productividad económica, tales como las mejoras en la educación, la salud, el imperio de la ley y el desarrollo del sector privado. Cada proyecto, cada préstamo, cada donativo debe ser juzgado según cuánto aumentará el crecimiento de la productividad en los países en desarrollo.

Insistir en resultados mensurables para asegurar que la asistencia al desarrollo realmente está ayudando en la vida de los pobres del mundo. Cuando se trata del desarrollo económico, lo que importa realmente es que más niños reciban mejor educación, que más personas tengan acceso a la atención de la salud y a agua potable y que más trabajadores puedan encontrar empleo para ofrecer un futuro mejor a sus familias. Tenemos una obligación moral de medir el éxito de nuestra asistencia al desarrollo determinando si está produciendo resultados. Por esta razón, continuaremos exigiendo que nuestra propia asistencia al desarrollo, así como la asistencia de los bancos multilaterales de desarrollo, tengan metas mensurables y puntos de referencia para lograr esas metas. Gracias al liderazgo de Estados Unidos, el reciente acuerdo de reposición de fondos de la Asociación Internacional de Fomento establecerá un sistema de vigilancia y evaluación que mide el progreso de los países beneficiarios. Por primera vez, los donantes

pueden vincular una porción de sus contribuciones a la AIF con el logro de resultados de desarrollo verdaderos, y parte de la contribución estadounidense está vinculada de esa manera. Nos esforzaremos por asegurar que el Banco Mundial y otros bancos multilaterales de desarrollo contribuyan a este progreso a fin de que la concentración en los resultados sea una parte integral de todo lo que hacen estas instituciones.

Aumento del monto de asistencia para el desarrollo que se suministra en forma de donaciones en vez de préstamos. El uso mayor de donaciones basadas en los resultados es la mejor manera de ayudar a los países pobres a hacer inversiones productivas, particularmente en los sectores sociales, sin amarrarlos con cargas de la deuda cada vez más grandes. Como resultado del liderazgo de Estados Unidos, el reciente acuerdo de la AIF proveyó aumentos importantes en el otorgamiento de donaciones destinadas a la educación, el VIH/SIDA, la salud, la nutrición, el agua, los servicios sanitarios y otras necesidades humanas en los países más pobres. Nuestra meta es basarnos en ese progreso aumentando el uso de donativos por parte de los otros bancos multilaterales de desarrollo. También invitaremos a las universidades, organizaciones sin fines de lucro y al sector privado a equiparar los esfuerzos del gobierno usando donaciones para apoyar proyectos de desarrollo que muestren resultados.

Sociedades abiertas al comercio y a las inversiones. Los verdaderos motores del crecimiento económico son el comercio y las inversiones. Incluso si aumenta la ayuda del gobierno, la mayor parte del dinero para el desarrollo debe provenir del comercio, del capital interno y de las inversiones extranjeras. Una estrategia eficaz también debe tratar de expandir esas corrientes. Los mercados libres y el libre comercio son las prioridades claves de nuestra estrategia de seguridad nacional.

Asegurar la salud pública. La escala de la crisis de salud pública en los países pobres es enorme. En países afectados por epidemias y pandemias como el VIH/SIDA, el paludismo y la tuberculosis, el crecimiento y el desarrollo estarán amenazados hasta que se pueda contener esos azotes. Hacen falta los recursos del mundo desarrollado, pero sólo serán eficaces si hay gobiernos honrados, que apoyen programas de prevención y provean infraestructura local eficaz. Estados Unidos ha respaldado enérgicamente el nuevo fondo mundial para el VIH/SIDA organizado por el secretario general de las Naciones Unidas Kofi Annan y su concentración en combinar la prevención con una estrategia amplia de tratamiento y atención. Estados Unidos ya contribuye a esos esfuerzos más del doble de la cantidad de dinero que el donante que le sigue en orden de importancia. Si el fondo mundial responde a su promesa, estaremos dispuestos a dar aún más.

Destacar la educación. La alfabetización y la educación son los cimientos de la democracia y del desarrollo. Sólo alrededor del 7 por ciento de los recursos del Banco Mundial se dedican a la educación. Esta proporción debería aumentar. Estados Unidos aumentará su propio financiamiento de asistencia a la educación en al menos el 20 por ciento, con hincapié en mejorar la educación elemental y el adiestramiento de maestros en África. Estados Unidos también puede llevar tecnología de información a esas sociedades, muchos de cuyos sistemas de educación han sido devastados por el VIH/SIDA.

Seguir ayudando al desarrollo agrícola. Las nuevas tecnologías, incluida la biotecnología, tienen un potencial enorme para mejorar los rendimientos agrícolas en los países en desarrollo mientras se usan menos pesticidas y menos agua. Mediante el uso de conceptos científicos sólidos, Estados Unidos debería ayudar a llevar esos beneficios a los 800 millones de personas, incluidos 300 millones de niños, que todavía sufren de hambre y de desnutrición.

(Volver al índice)

VIII. Desarrollo de programas de acción cooperativa con los otros centros principales del poder mundial

"Tenemos nuestra mejor oportunidad, desde el surgimiento de la nación estado en el siglo XVII, de crear un mundo donde las grandes potencias compitan en paz en vez de prepararse para la guerra".

Presidente Bush, West Point, Nueva York 1 de junio de 2002

Estados Unidos ejecutará sus estrategias mediante la organización de coaliciones de estados - tan amplias como sea práctico - capaces de promover un equilibrio de poder que favorezca la libertad, y dispuestos a hacerlo. El liderazgo de coalición eficaz requiere prioridades claras, el aprecio de los intereses de los otros, y consultas constantes entre los socios con un espíritu de humildad.

Hay pocas cosas de consecuencias perdurables que Estados Unidos pueda lograr en el mundo sin la cooperación sostenida de sus aliados y amigos de Canadá y en Europa. Europa es también la sede de dos de las instituciones más fuertes y capaces del mundo: la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), que desde su creación ha sido el punto de apoyo de la seguridad transatlántica e intereuropea, y de la Unión Europea (UE), nuestra asociada en la apertura del comercio mundial.

Los ataques del 11 de septiembre también fueron un ataque a la OTAN, como la propia OTAN lo reconoció cuando invocó por primera vez la cláusula de defensa propia de su Artículo V. La misión básica de la OTAN - la defensa colectiva de la alianza transatlántica de democracias - se mantiene, pero la OTAN debe desarrollar nuevas estructuras y capacidades para llevar a cabo esa misión en nuevas circunstancias. La OTAN debe crear la capacidad de poder desplegar, con poco aviso anticipado, fuerzas especialmente entrenadas, sumamente móviles, cuando quiera que se las necesite para responder a una amenaza a cualquier miembro de la alianza.

La alianza debe tener la capacidad de actuar donde quiera que nuestros intereses sean amenazados, creando coaliciones bajo el propio mandato de la OTAN, y contribuir a coaliciones basadas en determinadas misiones. Para lograr esto, debemos:

expandir la participación, como miembros de la OTAN, de aquellas naciones democráticas dispuestas a compartir la carga de defender y adelantar nuestros intereses comunes y capaces de hacerlo; asegurar que las fuerzas militares de las naciones de la OTAN contribuyan apropiadamente en guerras de la coalición; desarrollar procedimientos de planificación para hacer que esas contribuciones se tornen en fuerzas multinacionales de combate eficaces; aprovechar las oportunidades tecnológicas y las economías de escala en nuestros propios gastos de defensa para transformar a las fuerzas militares de la OTAN a fin de que dominen a los agresores potenciales y reduzcan nuestra vulnerabilidad; racionalizar e incrementar la flexibilidad de las estructuras de comando para satisfacer las nuevas demandas operativas y los requerimientos asociados de entrenamiento, integración y experimentación con nuevas configuraciones de fuerza; y mantener la capacidad de trabajar y combatir juntos como aliados, incluso mientras damos los pasos necesarios para transformar y modernizar nuestras fuerzas.

Si la OTAN tiene éxito en poner en práctica estos cambios, la recompensa será tan esencial para la seguridad e intereses de sus estados miembros como lo fue durante la Guerra Fría. Mantendremos una perspectiva común sobre las amenazas a nuestras sociedades y mejoraremos nuestra capacidad de actuar en común en defensa de nuestras naciones y sus intereses. Al mismo tiempo, recibimos con agrado los esfuerzos de nuestros aliados europeos para forjar una identidad de política exterior y de defensa más grande con la Unión Europea y nos comprometemos a celebrar consultas estrechas para asegurar que esta evolución se desarrolle con la OTAN. No podemos permitirnos perder esta oportunidad de preparar mejor a la familia transatlántica de democracias para los desafíos por venir.

Los ataques del 11 de septiembre vigorizaron las alianzas asiáticas de Estados Unidos. Australia invocó el Tratado ANZUS para declarar que lo ocurrido el 11 de septiembre fue un ataque a la propia Australia, y siguió esa histórica decisión con el envío de una de las mejores fuerzas de combate del mundo para que participe en la Operación Libertad Perdurable. Japón y la República de Corea proveyeron niveles sin precedente de apoyo logístico militar en el término de semanas luego del ataque terrorista. Hemos profundizado la cooperación de antiterrorismo con nuestros aliados en Tailandia y las Filipinas y hemos recibido asistencia invaluable de amigos íntimos como Singapur y Nueva Zelanda.

La guerra contra el terrorismo ha probado que las alianzas de Estados Unidos en Asia no solamente sostienen la paz y la estabilidad regionales sino que también son flexibles y están listas para hacer frente a nuevos desafíos. Para mejorar nuestras alianzas y amistades asiáticas:

recurriremos a Japón para que continúe desempeñando un papel conductor en asuntos regionales y mundiales basado en nuestros intereses comunes, nuestros valores comunes y nuestra cooperación estrecha en materia de defensa y de diplomacia; colaboraremos con Corea del Sur para mantener la vigilancia del Norte mientras preparamos a nuestra alianza para que contribuya a la estabilidad más amplia de la región a largo plazo; aumentaremos la cooperación creada en 50 años de alianza entre Estados Unidos y Australia mientras seguiremos colaborando para resolver problemas regionales y mundiales, como lo hemos hecho tantas veces desde la batalla del Mar de Coral hasta Tora Bora; mantendremos en la región fuerzas que reflejen nuestros compromisos con nuestros aliados, nuestros requerimientos, nuestros adelantos

tecnológicos y el ambiente estratégico; y aumentaremos la estabilidad provista por estas alianzas, así como con instituciones como la ASEAN y el foro de Cooperación Económica de Asia y el Pacífico, para desarrollar una combinación de estrategias regionales y bilaterales a fin de manejar el cambio en esta región dinámica.

Estamos atentos a la posible renovación de antiguos patrones de mayor competición entre potencias. Varias grandes potencias en ciernes se encuentran en medio de una transición interna -- de modo más importante, Rusia, India y China. En los tres casos los acontecimientos recientes han alentado nuestra esperanza de que lentamente esté tomando forma un consenso verdaderamente mundial sobre principios básicos.

Con Rusia ya vamos creando una nueva relación estratégica basada a una realidad central del siglo XXI: Estados Unidos y Rusia ya no son adversarios estratégicos. El Tratado de Moscú sobre Reducciones Estratégicas es simbólico de esta nueva realidad y refleja un cambio crítico del pensamiento ruso que promete conducir a relaciones productivas a largo plazo con la comunidad euroatlántica y con Estados Unidos. Los máximos líderes de Rusia tienen una evaluación realista de la debilidad actual de su país y de las políticas que se necesitan -- internas y externas -- para revertir esa debilidad. Comprenden cada vez más que los métodos de la Guerra Fría no sirven sus intereses nacionales y que los intereses estratégicos rusos y estadounidenses coinciden en muchas áreas.

La política de Estados Unidos procura usar este cambio del modo de pensar ruso para darle un nuevo enfoque a nuestra relación en los intereses y desafíos comunes y potenciales que surgen. Estamos acrecentando nuestra ya amplia cooperación en la guerra mundial contra el terrorismo. Facilitamos el ingreso de Rusia en la Organización Mundial del Comercio sin reducir las normas de adhesión, a fin de promover relaciones bilaterales beneficiosas de comercio e inversiones. Hemos creado el Consejo OTAN-Rusia con la meta de profundizar la cooperación de seguridad entre Rusia, nuestros aliados europeos y nosotros. Seguiremos fortaleciendo la independencia y la estabilidad de los estados de la ex Unión Soviética con la convicción de que un vecindario próspero y estable reforzará el creciente compromiso de Rusia de integrarse en la comunidad euroatlántica.

Al mismo tiempo, somos realistas acerca de las diferencias que todavía nos separan de Rusia y sobre el tiempo y esfuerzo que harán falta para construir una asociación estratégica perdurable. La persistente desconfianza de nuestros motivos y políticas que sienten las élites rusas claves demora el mejoramiento de nuestras relaciones. El compromiso dispar de Rusia con los valores básicos de la democracia de libre mercado y sus antecedentes dudosos en el combate a la proliferación de armas de destrucción en masa siguen siendo asuntos de gran preocupación. La misma debilidad de Rusia limita las oportunidades de cooperación. No obstante, esas oportunidades ahora son vastamente más grandes que en años e incluso décadas recientes.

Estados Unidos ha emprendido una transformación en su relación bilateral con India basada en una convicción de que los intereses estadounidenses requieren una relación fuerte con India. Somos las dos democracias más grandes, dedicadas a la libertad política protegida por un gobierno representativo. India avanza también hacia una mayor libertad económica. Tenemos un interés común en el libre fluir del comercio, incluso a través de las vitales rutas marítimas del Océano Índico. Finalmente, compartimos un interés en combatir el terrorismo y en crear un Asia estratégicamente estable.

Las diferencias persisten, incluso en lo que toca al desarrollo de los programas nuclear y de misiles de India, y el ritmo de sus reformas económicas. Pero aunque en el pasado estas preocupaciones podrían haber dominado nuestro modo de pensar con respecto a India, hoy comenzamos con una visión de India como una creciente potencia mundial con la cual tenemos intereses estratégicos comunes. Por medio de una fuerte asociación con India podemos atender mejor cualquier diferencia y darle forma a un futuro dinámico.

La relación de Estados Unidos con China es una parte importante de nuestra estrategia para promover una región del Asia y del Pacífico estable, pacífica y próspera. Damos la bienvenida al surgimiento de una China fuerte, pacífica y próspera. El desarrollo democrático de China es esencial para ese futuro. No obstante, un cuarto de siglo después del comienzo del proceso de abandonar las peores características del legado comunista, los gobernantes de China todavía no han tomado la siguiente serie de medidas fundamentales sobre el carácter de su estado. Al buscar capacidades militares avanzadas que pueden amenazar a sus vecinos en la región de Asia y el Pacífico, China sigue un camino anticuado que, al final, obstaculizará su propia búsqueda de la grandeza nacional. Con el tiempo China encontrará que la libertad política y social es la única fuente de esa grandeza.

Estados Unidos procura establecer una relación constructiva con una China en evolución. Ya cooperamos bien allí donde nuestros intereses se superponen, inclusive en la actual guerra contra el terrorismo y en la promoción de la estabilidad en la península coreana. De modo similar, nos hemos coordinado en relación con el futuro de Afganistán y hemos emprendido un diálogo general sobre el antiterrorismo y preocupaciones de transición similares. Amenazas comunes a la salud y el medio ambiente, tales como la propagación del VIH/SIDA, nos retan a promover conjuntamente el bienestar de nuestros ciudadanos.

Atender estas amenazas transnacionales retará a China a abrirse más a la información, promover el desarrollo de la sociedad civil y mejorar los derechos humanos individuales. China ha comenzado a seguir el camino hacia la apertura política, permitiendo muchas libertades personales y celebrando elecciones a nivel de aldea, aunque sigue firmemente dedicada al régimen de partido único a cargo del Partido Comunista. Sin embargo, para hacer que esa nación responda verdaderamente a las necesidades y aspiraciones de sus ciudadanos queda mucho trabajo por realizar. Sólo si se permite que el pueblo chino piense, se reúna y practique su religión libremente puede China alcanzar su pleno potencial.

Nuestra importante relación comercial se beneficiará con la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio, que creará mas oportunidades de exportación y, en última instancia, más empleos para los agricultores, trabajadores y compañías norteamericanos. China es nuestro cuarto socio comercial en orden de importancia, con más de 100.000 millones de dólares anuales de comercio en ambas direcciones. El poder de los principios del mercado y los requerimientos de transparencia y rendición de cuentas de la OMC adelantarán en China la apertura y el imperio de la ley, para ayudar a establecer las protecciones básicas al comercio y los ciudadanos. Hay, sin embargo, otros aspectos en los cuales estamos en profundos desacuerdos. Nuestro compromiso con la autodefensa de Taiwán, de conformidad con la Ley de Relaciones con Taiwán, es uno de ellos. Los derechos humanos son otro. Esperamos que China cumpla con sus compromisos de no proliferación. Trabajaremos para reducir diferencias allí donde existan, pero no permitiremos que impidan la cooperación allí donde estamos de acuerdo.

Los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 cambiaron fundamentalmente el contexto de las relaciones entre Estados Unidos y otros de los principales centros del poder mundial, y abrieron oportunidades nuevas y vastas. Con nuestros antiguos aliados de Europa y Asia, y con los líderes de Rusia, India y China, debemos desarrollar activos programas de cooperación para que estas relaciones no se vuelven rutinarias e improductivas.

Cada agencia del gobierno de Estados Unidos comparte este reto. Podemos crear hábitos fructíferos de consulta, discusión serena, análisis serio y acción común. A largo plazo, estas son las prácticas que sostendrán la supremacía de nuestros principios comunes y mantendrán abierto el camino hacia el progreso.

(Volver al índice)

IX. Transformar las instituciones de seguridad nacional de Norteamérica para enfrentar los retos y oportunidades del Siglo XXI

"Los terroristas atacaron un símbolo de la prosperidad norteamericana. No tocaron su fuente. Norteamérica tiene éxito debido al trabajo empeñoso, la creatividad y el espíritu de empresa de nuestro pueblo".

Presidente Bush, Washington, D.C. (Sesión conjunta del Congreso) 20 de septiembre de 2001.

Las principales instituciones de la seguridad nacional norteamericana fueron concebidas en una era diferente, para satisfacer requerimientos diferentes. Todas ellas deben ser transformadas.

Es hora de reafirmar la función esencial del poderío militar norteamericano. Debemos construir y mantener nuestras defensas hasta ponerlas por encima de cualquier reto. La prioridad más alta de nuestras fuerzas armadas es defender Estados Unidos. Para hacerlo con efectividad, nuestras fuerzas armadas deben:

dar seguridades a nuestros aliados y amigos;

disuadir de la futura competencia militar;

prevenir las amenazas contra los intereses de Estados Unidos, sus aliados y amigos; y

derrotar decisivamente a cualquier adversario si fracasa la disuasión.

El poderío sin paralelo de las fuerzas armadas de Estados Unidos, y su presencia avanzada, han mantenido la paz en algunas de las regiones del mundo más vitales desde el punto de vista estratégico. Sin embargo, las amenazas y los enemigos que debemos enfrentar han cambiado, y así deben cambiar nuestras fuerzas. Unas fuerzas armadas estructuradas para disuadir ejércitos de la era de la Guerra Fría deben transformarse para concentrarse más en cómo podría combatir un adversario, más bien que en dónde y cuándo podría ocurrir una guerra. Canalizaremos nuestras energías para superar una cantidad de retos operativos.

La presencia de fuerzas norteamericanas en el extranjero es uno de los símbolos más profundos del compromiso estadounidense con nuestros aliados y amigos. Mediante nuestra voluntad de usar la fuerza en nuestra propia defensa y en defensa de otros, Estados Unidos demuestra su determinación de mantener un equilibrio del poder que favorece la libertad. Para bregar con la incertidumbre y enfrentar los muchos retos de seguridad que encaramos, Estados Unidos necesitará bases y estaciones dentro y más allá de Europa Occidental y el nordeste de Asia, como así también arreglos de acceso temporal para el despliegue de las fuerzas de Estados Unidos a gran distancia.

Antes de la guerra en Afganistán, esa área ocupaba un lugar bajo en la lista de las principales contingencias que se planeaban. Pero, en un espacio de tiempo muy corto, tuvimos que operar en todo el territorio de esa remota nación, usando cada rama de nuestras fuerzas armadas. Debemos prepararnos para más de esos despliegues desarrollando elementos como los sensores avanzados a distancia, las capacidades de ataque de precisión de largo alcance y fuerzas de maniobra y expedicionarias transformadas. Esta amplia cartera de capacidades militares debe incluir también la capacidad de defender el territorio nacional, llevar a cabo operaciones de información, asegurar el acceso estadounidense a teatros de operaciones distantes y proteger la infraestructura y los bienes esenciales de Estados Unidos en el espacio exterior.

Dentro de nuestras fuerzas armadas la innovación dependerá de la experimentación con nuevos enfoques de la guerra, el fortalecimiento de las operaciones conjuntas, la explotación de las ventajas que posee Estados Unidos en cuanto a servicios de inteligencia y el pleno aprovechamiento de la ciencia y la tecnología. Debemos transformar también la manera en que se administra el Departamento de Defensa, especialmente en lo que respecta a la administración financiera y el reclutamiento y retención del personal. Finalmente, mientras mantenemos la preparación a plazo corto y la capacidad de librar la guerra al terrorismo, la meta debe ser proveerle al presidente una amplia gama de opciones militares para desalentar la agresión o cualquier forma de coerción contra Estados Unidos, nuestros aliados y nuestros amigos.

Hemos aprendido de la historia que la disuasión puede fallar; y hemos aprendido de la experiencia que a algunos enemigos no se los puede disuadir. Estados Unidos debe mantener, y mantendrá, la capacidad de derrotar cualquier intento de un enemigo -- ya sea o no un estado -- de imponerle su voluntad a Estados Unidos, nuestros aliados o nuestros amigos. Mantendremos las fuerzas que sean suficientes para apoyar nuestras obligaciones y defender la libertad. Nuestras fuerzas serán lo bastante potentes como para disuadir adversarios potenciales de emprender una acumulación de fuerzas militares con la esperanza de sobrepasar o igualar el poderío de Estados Unidos.

Los datos de inteligencia -- y cómo usarlos -- son nuestra primera línea de defensa contra los terroristas y la amenaza que plantean los estados hostiles. Concebida en torno a la prioridad de recopilar enormes cantidades de información acerca de un objeto masivo y fijo -- el bloque soviético --, la comunidad de inteligencia lidia con el reto de ir tras un conjunto de objetivos mucho más complejo y evasivo.

Debemos transformar nuestras capacidades de inteligencia y crear otras nuevas para mantenernos a la par de la naturaleza de estas amenazas. Los servicios de inteligencia deben integrarse apropiadamente con nuestros sistemas de defensa y ejecución de la ley, y coordinarse con nuestros aliados y amigos. Necesitamos proteger las capacidades que tenemos, de modo que no les demos a nuestros enemigos el arma de saber cómo sorprendernos mejor. Aquellos que quieren perjudicarnos buscan también la ventaja de la sorpresa para limitar nuestras opciones de prevención y respuesta y maximizar el daño.

Debemos fortalecer la advertencia y análisis de inteligencia para proveer evaluaciones integradas de amenazas a la seguridad nacional y a nuestro territorio nacional. Dado que las amenazas inspiradas por gobiernos y grupos extranjeros pueden llevarse a cabo desde dentro de Estados Unidos, debemos asegurar también la unión apropiada entre los servicios de inteligencia y ejecución de la ley.

Las iniciativas en esta área incluirán:

fortalecer la autoridad del director de la Central de Inteligencia, para liderar el desarrollo y las acciones de las capacidades de inteligencia exterior de la nación;

establecer una nueva estructura para la advertencia de inteligencia que provea una advertencia sin soluciones de continuidad e integrada a lo largo del espectro de las amenazas que enfrenta la nación y nuestros aliados;

continuar desarrollando nuevos métodos de recopilar información para mantener nuestra ventaja en los servicios de inteligencia;

invertir en futuras capacidades mientras se trabaja para protegerlas mediante un esfuerzo más vigoroso, con el fin prevenir que las capacidades de inteligencia resulten comprometidas; y

recopilar inteligencia contra el peligro terrorista en todo el gobierno, mediante el análisis de todas las fuentes.

Mientras el gobierno de Estados Unidos depende de las fuerzas armadas para defender los intereses de Norteamérica, debe depender de la diplomacia para actuar en reciprocidad con otras naciones. Aseguraremos que el Departamento de Estado reciba suficientes fondos para garantizar el éxito de la diplomacia norteamericana. El Departamento de Estado lidera el manejo de nuestras relaciones bilaterales con otros gobiernos. Y, en esta nueva era, su personal e instituciones deben poder actuar en reciprocidad, de modo igualmente diestro, con instituciones no gubernamentales e instituciones internacionales. Los funcionarios adiestrados principalmente en cuestiones de política internacional deben también extender su alcance a la comprensión de cuestiones complejas de gobierno interno en todo el mundo, entre ellas la salud pública, la educación, la ejecución de la ley, el poder judicial y la diplomacia pública.

Nuestros diplomáticos trabajan en la primera línea de negociaciones complejas, guerras civiles y otras catástrofes humanitarias. A medida que se comprenden mejor los requerimientos del socorro humanitario, debemos también ser capaces de ayudar a crear fuerzas policiales, sistemas judiciales y códigos legales, instituciones de gobierno provinciales y locales y sistemas electorales. Para alcanzar estas metas se necesita la cooperación internacional efectiva, respaldada por la disposición norteamericana a hacer nuestra parte.

Así como nuestras instituciones diplomáticas deben adaptarse para llegar hasta otros, necesitamos también un enfoque diferente y más abarcador de los esfuerzos de información pública que pueden ayudar a la gente de todo el mundo a aprender acerca de Norteamérica y entenderla. La guerra al terrorismo no es un choque de civilizaciones. Revela, sin embargo, un choque dentro de una civilización, una batalla por el futuro del mundo musulmán. Es ésta una lucha de ideas y es ésta un área en la que Norteamérica debe sobresalir.

Emprenderemos las acciones necesarias para asegurar que nuestros esfuerzos para cumplir con nuestros compromisos de seguridad mundiales y proteger a los norteamericanos no se vean perjudicados por el potencial de investigaciones, pesquisas o enjuiciamiento por parte del Tribunal Penal Internacional (TPI), cuya jurisdicción, que no aceptamos, no se extiende a los norteamericanos. Colaboraremos con otras naciones para evitar complicaciones en nuestras operaciones y cooperación militares, mediante mecanismos tales como los acuerdos multilaterales y bilaterales que protegerán del TPI a los nacionales de Estados Unidos. Aplicaremos a plenitud la Ley de Protección a los Miembros de las Fuerzas Armadas Norteamericanas, cuyas cláusulas tienen el propósito de asegurar y mejorar la protección del personal y los funcionarios estadounidenses.

En los próximos años, y después de ellos, haremos opciones difíciles para asegurar el nivel y asignación adecuados de gasto gubernamental en la seguridad nacional. El gobierno de Estados Unidos debe fortalecer sus defensas para ganar esta guerra. En nuestro país, nuestra prioridad

más importante es proteger el territorio nacional para el pueblo norteamericano.

Hoy día, la diferencia entre asuntos internos y asuntos exteriores va disminuyendo. Los acontecimientos que ocurren más allá de las fronteras de Norteamérica tienen un impacto mayor dentro de ellas. Nuestra sociedad debe estar abierta a la gente, las ideas y los bienes del mundo entero. Las características que más apreciamos -- nuestras libertades, nuestras ciudades, nuestros sistemas de transporte y la vida moderna -- son vulnerables al terrorismo. Esta vulnerabilidad persistirá mucho después de que llevemos ante la justicia a aquellos responsables de los ataques del 11 de septiembre. A medida que pasa el tiempo, algunos pueden ganar acceso a medios de destrucción que hasta ahora podían utilizar sólo los ejércitos, las armadas y las formaciones aéreas. Se trata de una nueva condición de vida. Nos ajustaremos a ella y prosperaremos a despecho de ella.

En el ejercicio de nuestro liderazgo, respetaremos los valores, juicios e intereses de nuestros amigos y socios. Pero estaremos preparados para actuar separadamente cuando lo requieran nuestros intereses y responsabilidades exclusivas. Cuando estemos en desacuerdo respecto de algún punto en particular, explicaremos sin rodeos los fundamentos de nuestras preocupaciones y nos esforzaremos por crear alternativas viables. No permitiremos que tales desacuerdos empañen nuestra determinación de asegurar conjuntamente, con nuestros aliados y amigos, los intereses y valores fundamentales que compartimos.

En último término, el fundamento de la fuerza norteamericana está en nuestro país. Consiste en las destrezas de nuestro pueblo, el dinamismo de nuestra economía y la capacidad de recuperación de nuestras instituciones. Una sociedad diversa y moderna tiene de modo inherente energía ambiciosa y de empresa. Nuestra fuerza proviene de lo que hacemos con esa energía. Es allí donde comienza nuestra seguridad nacional.

(Volver al índice)

(termina el texto)

(Distribuido por la Oficina de Programas de Información Internacional del Departamento de Estado de Estados Unidos. Sitio en la Web: <http://usinfo.state.gov/espanol/>)

Publicado: Septiembre de 2002 Actualizado:

Opciones:  [Versión para imprimir](#)  [Enviar este artículo](#)  [Suscríbese a WF-Noticias](#)

 **A PRINCIPIO DE PÁGINA**

La Oficina de Programas de Información Internacional produce y mantiene este sitio.

La inclusión de otras direcciones de Internet no debe interpretarse como una aprobación de las opiniones contenidas en las mismas.

[PAGINA PRINCIPAL](#) | [ACERCA DE USINFO](#) | [ADMINISTRACION DEL SITIO](#) | [PRIVACIDAD](#)
[TEMAS](#) | [REGIONES](#) | [RECURSOS](#) | [PRODUCTOS](#)

USINFO.STATE.GOV